

Tierra y Libertad

Numero suelto: 10 cts.

Redacción y administración: Calle Cadena, 39, 2.º, 1.ª

Paquete de 30 ejemplares 2'00 ptas.
Suscripción: España, un trimestre. 2'00
Extranjero 3'00

Los tiempos que se avecinan

Dada la desorganización a que ha llegado la sociedad actual, el desbarajuste que impera en sus principales fundamentos: vista la indecisión en que se debaten sus representantes y sus víctimas, no es aventurado asegurar que se acercan tiempos en los cuales será menester poner en juego todas las energías y actividades acumuladas, si no se quiere perecer en la lucha intensa que ha de desarrollarse.

Las fuerzas que integran el pasado y las que representan el presente, no ignoran la gravedad de los momentos que se avecinan y ya se preparan para poner obstáculos a lo que ha de venir mañana. Cada uno, desde el terreno ideológico en que está colocado, empieza ya a señalar su actitud. Vislumbran el peligro, saben que ha de llegar un día en que se hablará de responsabilidades, y todos quieren eludir la parte de culpa que les corresponde, arrojándose entre sí el informe montón de imperfecciones que dieron origen al tremendo desconcierto actual. Ninguno de ellos tiene el valor de sostener las ideas que, hace no mucho tiempo, preconizaba.

Desde el más empedernido reaccionario hasta el socialista de Estado, que todos han colaborado en la obra que ha dado lugar a este momento angustioso de las naciones, advierten ya la responsabilidad que han contraído para cuando llegue la hora de la justicia. Pero nadie se atreve a reconocerla, ninguno se siente con el elevado valor moral de confesar que se habían equivocado; que habían creído definitivamente lo que es transitorio; que habían analizado superficialmente aquellos aspectos de los grandes problemas que más preocupado y más atención merecían.

Y porque no se sienten capaces de sinceridad, persisten en el error y continúan defendiéndolo, prestándole su apoyo, su ayuda, su colaboración.

Es por esto que los tiempos que se avecinan serán aún más graves. Porque todos esos hombres que conviven en el engaño y en la farsa, opondrán a lo que haya de venir, toda su influencia, todo el esfuerzo de que puedan disponer.

Como la evolución sigue su curso, no obstante los obstáculos que al través del tiempo salen a su paso, queriendo interrumpir su marcha, puede afirmarse que los días futuros serán de justicia; no de venganza, pues que la verdadera justicia no sabe de odios ni de pequeñas pasiones. Es a esta justicia que temen los hombres que han dado origen a las injusticias de ahora. Este temor infundado—temor a la luz—les obligará a combatir mañana lo que en el pasado, en instantes de sinceridad defendieron.

Todos los hombres se han llamado alguna vez, en el transcurso del tiempo, defensores de lo justo, de lo humano, de lo grande. Luego en la vida real, actuando, han cooperado al sostenimiento de lo bajo, de lo inhumano, de lo injusto. Y si cuando obraban así han advertido que se acercaba un tiempo de verdad y de justicia se han declarado adversarios de lo futuro, negando sus palabras de otro día, primero con los hechos, después oponiéndose decididamente al progreso de las ideas.

El mercado de la miseria

A fin de completar cierta suma que me hacía falta, me dirigí ayer a una de esas casas en donde le facilitan dinero a los clientes al módico interés del seis por ciento mensual, previo depósito de algún objeto de valor sobre el cual le giran al propietario de la prenda por una tercera parte del coste de la misma, sino por menos; que esto depende más que todo de las entrañas del judío que así trafica con la miseria de cuantos venimos a la vida sin grandes dotes para el ejercicio de la rapiña, el más eficaz para merecer en corto tiempo la designación de personas acomodadas y decentes.

Detrás del mostrador y enfrente de los

Nos encontramos ahora en un momento único de la historia del mundo.

La evolución había llegado ya a términos asombrosos, y si los progresos morales no eran muy extensos, en cambio los materiales estaban a una altura inmensa; estos hubieran empujado a aquellos y se habría marchado a pasos agigantados hacia una sociedad menos imperfecta que la presente. Así era de esperar, así era dado suponer que sucedería.

De pronto, como si todos los hombres hubieran tomado el acuerdo tácito de destruirse, surge la tragedia, esa horrenda catástrofe que tanto dolor está causando; esa inexplicable hecatombe que ha hundido al mundo en un caos. Los hombres, todos los hombres, salvo muy raras excepciones, se pusieron en uno u otro sentido a su servicio.

Y he aquí que los progresos materiales, aquellos que debían acelerar la marcha de los morales, sirven por el contrario para destruirlos, para negarlos, en un inacabable lapso de tiempo de locura.

Este es el momento en que nos encontramos. A la injusticia que representa ese salto dado hacia atrás, todos los hombres han prestado su apoyo. Muy pocos de ellos hablan dicho antes que la guerra fuese justa, y cuando fué llegada, alegaron que era necesaria. Y ahora ya, saben que ante el porvenir que se acerca, ante los tiempos que se avecinan, la guerra actual ni es necesaria, ni es justa.

Lo saben todos, pero no confiesan su equivocación; se resisten, se oponen, contra toda lógica la tesis contraria, aun convencidos de que es errónea.

En esta situación insostenible, inconsistente, se encuentra el mundo.

Llegará la hora de la paz, que si no es hecha por el pueblo, serán los cimientos de futuras guerras, y la humanidad se dará entonces cuenta del enorme mal causado a ella misma.

Empezará a cundir el descontento; se sucederán las luchas aisladas por imponer distintos criterios acerca de lo pasado y de las lecciones que de ello se desprendan; se llegará a conocer el horror de lo ocurrido, que hasta entonces se había ignorado; se sabrá la monstruosa grandeza del caos en que el mundo se ha debatido un largo periodo de tiempo.

Si hay quien preste impulso a las quejas y al descontento, procurando que se exterioricen conscientemente; si se procura que no caigan en terreno estéril las enseñanzas, en el dolor aprendidas, los hombres que sufrieron se dispondrán a terminar con la sociedad que ocasionó sus sufrimientos.

Y entonces será cuando la lucha adquirirá intensidad. De un lado los que no están dispuestos a admitir que se les demuestran sus errores; frente a ellos, los que sufrieron, los descontentos, los que llevaron sobre sus espaldas el peso de las injusticias y sintieron en su carne las heridas de la tragedia.

Nosotros, que hemos asistido horrorizados al desarrollo del conflicto, habemos de tomar parte en esa lucha. Hay que extender por todo el mundo las ideas anarquistas, únicas que pueden encaminar a la Humanidad por sendas de justicia, en esos tiempos que se avecinan.

anaqueles del bazar, en medio de una profusión de prendas entre las que podrán contarse violines, cuadros, ropas de vestir, libros, relojes, herramientas de obrero, bustos de arcilla, alfombras, objetos de joyería, mesas, sillas y cuantas más es posible suponer, agitaba sus miradas de vibora el vampiro que allí trafica con la ajena penuria y con el dolor ajeno. Me miró de alto a bajo como queriendo medir toda la exhaustez de mi bolsillo, dobló luego el entrecejo en dos y, con voz áspera, dejó caer sobre mí ansiedad manifiesta su cálculo inapelable. Dos pesos me daba en préstamo por mis gemelos de oro que yo había obtenido en ocho en épocas de relativa bonanza para mis negocios. La cuarta parte del valor legal, ni más ni me-

nos, y con un intejés, por ser a mí, del cinco por ciento.

[Estupenda transacción! Iba a exclamar, cuando un nuevo personaje apareció en escena.

Este otro cliente era una niña, digamos de siete años, una adrajosa chiquela que trala en brazos a su hermanito, el cual no contaría arriba de dos años.

—A ver, don Edmundo, dijo con toda desenvoltura encarándose al propietario de aquella arca de Noé, ya no nos queda que traerle y mandar cada vez peor, más enferma... por eso he traído a Nacho, a ver cuanto nos presta por él...

Y como notara que el judío no comprendía, agregó:—Vea, es que nos hace falta dinero para ir a la farmacia por más medicinas; por eso traigo aquí a mi hermanito, a escondidas de mamá. Fíjese que hermoso está, ya comienza a hablar y esta mañana lo he bañado; ¿ve que fresco? Lo dejaré aquí, pero a condición de que usted nos lo cuide un poco; cuando despierta se le pasea un rato en brazos y si hay leche se le da un poco... es de lo más tranquilo, basta con cantarle el arrurru para tenerlo dormido. Usted se lo cantará por las noches y lo acostará en la cuna que le dejamos hace dos semanas, ¿verdad?... A ver, ¿cuanto nos presta por mi hermanito?

Visiblemente contrariado, el usurero lanzó sobre la pequeña sus miradas de vibora y con acento bestial dijo al cabo:

—Ve con ese muñeco a donde su madre y si ella logra parir uno de oro, lo traes aquí. Así, si llevarás dinero, sólo así, ¿entiendes?

Y remató su infamia con una carcajada de bandido.

RUBÉN COTO

LOS IMBÉCILES

Odio a los hombres incapaces e impotentes, me molestan. Me han quemado la sangre y han estropeado mis nervios.

Nada hay más irritante que esos brutos que se unen, se burlan como los niños, y os miran con asombrados ojos y con la boca abierta.

No he podido jamás dar dos pasos sin encontrarme tres imbéciles, y esto me causa pena. Por todas partes los hay. El vulgo se compone de necios que os salen al paso a salpicaros el rostro con la baba de su media.

Estos necios se mueven y hablan, y con su aspecto, gesto y voz me incomodan tanto, que como Stendhal, antes quiero un pícaro que un tonto. ¿Qué podemos hacer con tales gentes, pregunto, en los difíciles tiempos de lucha porque atravesamos?

Al salir del viejo mundo nos precipitamos hacia un mundo nuevo.

Los imbéciles se cuelgan de nuestro brazo, entorpecen nuestro paso en medio de estúpidas carcajadas y de sentencias absurdas, y hacen resbaladizo y penoso el sendero que hemos de recorrer.

En vano queremos desprendernos de ellos; nos oprimen, nos ahogan, y se pegan cada vez más a nosotros.

Estamos en la época en que los ferrocarriles y el telegrafo eléctrico nos transportan en cuerpo y alma a lo infinito y a lo absoluto; en la época grave e inquieta, periodo de gestación de una nueva verdad de la inteligencia humana, y hay, sin embargo, hombres necios y nulos que niegan lo presente y se pudren en el nauseabundo charco de su trivialidad.

EMILIO ZOLA

NOTAS AL MARGEN

María Juliá

No entra en nuestras costumbres, ni forma parte de nuestras convicciones, ni se aviene nuestra razón con el culto a los muertos; a los rezos y lágrimas que los hipócritas y pusilánimes dedican a los que fueron, nosotros oponemos la protesta y el crispamiento de puños, sobre todo cuando los que caen en la fosa no han caído por muerte natural; la enfermedad contraída en la ergástula industrial o carcelaria; la trituración de carne proletaria por un engranaje; las vidas segadas en flor por la fuerza pública, nos llenan de indignación; y cuando los causantes de estas muertes violentas no son ya individualidades, sino toda una colectividad, entonces... es torpe nuestra pluma para describir lo que sentimos; alguien ha dicho que los grandes dolores son mudos; pero nosotros, con todo y ser muy intenso

el dolor que nos produce una de esas muertes causadas por la colectividad, desmentimos aquella afirmación y gritamos con toda la fuerza de nuestros pulmones: ¡Marranos! ¡Asesinos!

Tales fueron nuestras primeras manifestaciones de dolor al saber el trágico fin de la aeronauta María Juliá; porque la agraciada joven no murió debido a un percance casual; la asesinó el público congregateado en el Túro Park para presenciar la ascensión; ese público encanallado y abyecto que hace acto de presencia en todos los sitios donde un ser humano juega con la Muerte impulsado por la necesidad de ganarse el mendrugo.

Elimínale el peligro personal a esas ascensiones; suprimid el piloto de los aerostatos, y el local donde se verifique la ascensión estará poco menos que desierto; la multitud quiere algo más que un globo henchido de algo que le eleve en el aire; bajo la boca del aparato quiere pendiente un trapico y asido a él como un háfrago a una mala tabla, un ser, hombre o mujer, que se descontorsione haciendo cabriolas y tenga como vulgarmente se dice, pendientes de un jayl a los espectadores dices.

La posibilidad de una tragedia, el placer morboso que aun que se disfrace con el nombre de congoja producen esos espectáculos, es el aliciente, el imán que atrae a las multitudes ávidas de sangre fresca, de carne de inconscientes, hambrientos o desesperados, llámense toreros, acróbatas o domadores de fieras.

No hay, no puede haber atenuantes que disminuyan esa barbarie colectiva; habrálas en todo caso para quien por los azares de la vida arrostra un peligro inútil, sin más finalidad que la de poner a prueba el estoicismo individual y la perversidad colectiva; no pueden jactarse de bondadosas esas gentes que convierten en diversión esos juegos de azar donde se expone una vida; no puede llamarse culta ni civilizada esa multitud que encuentra motivo de placer en esos retos a la Muerte; si estuvieran mejor compenetradas del empleo que debe darse a la fuerza vital, no acudirían a esos espectáculos donde se arrojan todo por la consecución de nada.

Después de una ascensión aérea sin finalidad científica, de unos minutos pasados en una jaula de fieras o de un foxtrot bailado sobre un alambre ¿qué ha ganado la humanidad? Si en algo resulta gananciosa, es en perversidad, en degradación moral; la impassibilidad con que se presencian esos ejercicios suicidas, es tan sólo aparente; al individuo o a la colectividad que hacen de esas atracciones todo su alimento espiritual, se les atrofia la sensibilidad; pierden toda noción de respeto a las ajenas vidas; se creen defraudados cuando el gimnasta, el torero o el funámbulo, no cumplen el programa imaginado por ellos o anunciado hiperbólicamente en grandes cartelones.

Y ese fué el caso de María Juliá; la empresa del Túro Park, conocedora de la psicología de la multitud, recurrió al anuncio, al cebo del cartelón multicolor y lleno de admiraciones, para realizar su negocio y colmar los deseos de una taifa de perversos. ¡Ay de la pobre aeronauta si al verificar la ascensión hubiera pedido más seguridades por creer insuficiente el trapico! El asesino colectivo, la masa infame que gastó su dinero por el placer de una sensación sádica, habría protestado; es más, habría obligado a la capitana a cumplir lo ofrecido; recuérdese el caso, aunque ya algo viejo, de Mussiú Arban. El público, tan degradado entonces como ahora, obligó, a pesar de ser una tarde tempestuosa, a que el aeronauta se elevara en su globo... que hizo la del humo: se fué para no volver.

Digamos, por no faltar a la verdad, que han sido muchos los lamentos que estos días se han dedicado a la víctima de una empresa, de un público y de la miseria; pero no hay que creer en la sinceridad de tales lamentaciones; la mejor forma de acabar con esas tragedias, sería suprimir esos trabajos (hasta a esto se les llama trabajos) que si benefician a alguien es a una empresa sin escrúpulos; nunca a la colectividad ni al propio interesado que cobra unos céntimos miserables por satisfacer los malsanos, mejor dicho, criminales instintos de unos espectadores sin conciencia.

Pedir medios de seguridad, demandar que el aeronauta tenga buenas aptitudes para la realización de su trabajo, es querer la continuación de la barbarie; y mientras se den tales espectáculos, habrá bárbaros que invertirán su dinero para ver si una María Juliá se hace picadillo cayendo de una altura de cien metros.

JUANONUS

Tenemos en prensa el magnífico folleto de Luis Fabbri, titulado

Influencias burguesas sobre el marxismo que en breve se pondrá a la venta.

LA PROPIEDAD

Cuando nosotros atacamos la justicia del «derecho de propiedad» se nos responde que somos malhechores, y en lugar de refutar nuestros argumentos se nos mete en la cárcel.

Pero nosotros preguntamos: ¿Qué vale más, la vida de un hombre o un pedazo de tierra? ¿Qué vale más, la vida de millones de hombres o toda la propiedad de un país poseída por algunos millares de afortunados? ¿Qué es lo más sagrado, la existencia de innumerables familias de obreros y campesinos, o el lujo, los caprichos, los vicios, la vanidad, la ambición y la avaricia de unos pocos ociosos, usureros, especuladores, o mercaderes de carne humana?

Nosotros sostenemos que el interés de los más debe prevalecer sobre la avaricia de los menos; y en nombre del derecho que tienen los obreros a vivir, a trabajar, a gozar el fruto de su trabajo, a instruirse, a educar a sus hijos, a tener asegurado el pan de su vejez, a no ser esclavos de nadie, combatimos al susodicho «derecho de propiedad». Porque, el efecto de este derecho de propiedad (que no es sino un monstruoso privilegio) es el siguiente: quien nace pobre nace esclavo; que los hijos del pobre están condenados a ser ignorantes; que siendo pobres e ignorantes están condenados a los trabajos más penosos, que a menudo el obrero no encuentra el modo de emplear sus brazos; que cuando más necesitado está, más se aprovecha de él el propietario o el capitalista; que el obrero muere sobre un misero jergón de paja o en el hospital, y que, al contrario, el capitalista prospera y aumenta sus riquezas; que se ven espectáculos monstruosos en la sociedad; el banquero enriquecido con los robos, nombrado comendador y entregado a todos los vicios y orgías, mientras el obrero arrojado del taller por la invención de una nueva máquina, mendiga un trozo de pan y se ve arrojado como si fuera un vagabundo o un ladrón, en el fondo de una cárcel; la señora burguesa pasando todo su tiempo cambiando vestidos costosos y yendo por las noches en coche a suntuoso baile, mientras la hija del pueblo yace en la esquina de una calle cualquiera con sus escualidos hijos en brazos; el hijo del rico se ve perseguido por una turba de criados y el del pobre no encuentra siquiera un poco de leche en el seno de su madre.

Si, todas estas monstruosas diferencias se ven todos los días. Y cuando se llega a este punto la sociedad está destruida; los hombres se convierten en enemigos unos de otros; para vivir se mata o roba; la mujer se prostituye, el obrero se vende y todos juntos los hombres se corrompen y se embrutecen, unos a causa de su dominio y riquezas, los otros por el hábito que contraen al sufrir y ser esclavos de los primeros.

La tierra, naturalmente, no produce por sí sola, se necesita el brazo que la cultive. Los productos no se trasladan por sí solos de un lugar a otro, se necesita quien los transporte. Y para adaptarlos a nuestras necesidades tienen que ser transformados, obrados, haber pasado por las manos del hombre. Las mismas máquinas están construidas por obreros; y aún las mismas ideas con que se enriquece la humanidad salen de la experiencia y del trabajo de las generaciones extintas.

El propietario de un trozo de tierra o de una máquina, nada posee si no posee el trabajo de los obreros. Toda su industria consiste, pues, en trabajar con los brazos de los demás. Y el comerciante, el especulador, el banquero, emplean todo su ingenio en sustraer las riquezas a los obreros, acaparando los productos, comprándolos a un precio bajo, vendiéndolos muy elevados, alterando la calidad, engañando a la gente, pavoneándose con el trabajo de los demás y sacando provecho de las desgracias ajenas.

Por esto se conquista la propiedad no tan sólo con el robo, con la usura o con el engaño, sino que, una vez adquirida, se hace aumentar con la opresión y la explotación del obrero. Los capitalistas chupan la sangre de los obreros.

El último resultado del «derecho de propiedad» es la miseria forzosa del trabajador. No hay progreso que valga. Cuanto más se produce más miserables somos. Aumentando las riquezas, aumentamos los intereses, las rentas, los beneficios, los impuestos, cosas todas que salen del trabajo de los obreros. Las maravillosas invenciones de este siglo ¿caso han disminuido la fatiga o acrecentado el bienestar de los obreros? La luz eléctrica sólo ha servido para iluminar el espectáculo de gentes desocupadas, niños que trabajan en las minas, mujeres que se pudren en los arrozales y en las antihigiénicas fábricas, y suicidios, y delitos y más miserias cuya enumeración sería interminable. No vivimos un estado de vida normal. El mismo progreso se paraliza. Mucha tierra permanece inculta, muchas industrias se detienen en su desarrollo, muchas máquinas e inventos están fuera de su uso. Se podría

y debería producir cien veces más de lo que se produce. Y los productos en cambio, se pudren en los almacenes, en los campos, porque al capitalista no le conviene la abundancia.

El «derecho de propiedad» es un obstáculo al progreso, es un enemigo del bienestar del obrero, es una fuente de vicios, de discordia, de delitos, de usuras; es una institución incompatible con las necesidades, con las ideas y con los sentimientos de nuestra época.

En virtud de este derecho, unos pocos individuos han secuestrado y usurpado todos los beneficios de la civilización. Unos cuantos accionistas de los bancos, de los ferrocarriles, de los grandes establecimientos, tasan a su placer el trabajo. A medida que aumenta la población y las necesidades del obrero, aumentan aquellos sus pretensiones, elevan sus rentas y beneficios y acrecientan el valor de sus propiedades y de sus capitales. Este valor deriva enteramente de hechos y condiciones extrañas e independientes del mérito de los propietarios y capitalistas; este valor es obra y creación de la sociedad. Y por esto a la sociedad entera, no a unos pocos monopolizadores, deberían pertenecer la tierra y los capitales. Los instrumentos del trabajo deberían pertenecer a los obreros asociados. La propiedad individual tiene que abolirse y reemplazarse con la propiedad común o socializada.

F. S. MERLINO

El misticismo en las ideas

Deducir ideas de los hechos y conformarse platónicamente con saber, sin tener propósito alguno de reducir a su vez esas ideas a hechos, a otros hechos que en alguna forma nos beneficien, nos sirvan de algo, es concretarse a vivir teóricamente, entregados a especulaciones mentales sin otra utilidad ni trascendencia que el placer de pensar.

Las ideas se forjan en la mente, para ser vividas, para convertirlas en realidades. Tienen que ser fuerza, acción, motores y guías, aspiración e impulso, sin lo cual su valor es equivalente al de una poesía, al de un trozo de música que durante un cuarto de hora nos deleite y distraiga de las penalidades y esfuerzos cotidianos.

Una idea sin fuerza de realización, es una idea sin sentido, una idea-cadáver.

Y no hay, ni aun en la astronomía que es un conjunto de teorías, de leyes hipotéticas deducidas de los movimientos de los astros—hechos del espacio—nada que carezca de utilidad, de aprovechamiento, que pueda dejar de servirnos en algún modo con sus enseñanzas. Posiblemente no podremos influir jamás en la eclipsis de un cometa, y el conocimiento que adquirimos de los hechos del espacio, será en general, teoría pura, más no obstante, la fórmula de saber, no es lo interesante en los estudios astronómicos, sino la de aprovechar en alguna forma lo que se aprende para facilitar la vida en la tierra. Así las leyes de los fenómenos sísmicos, las de las alteraciones atmosféricas, deducidas del conocimiento del sol, van siendo utilizadas para prevenirse contra los temblores y salvar las cosechas de las lluvias perjudiciales. Saber que ocho veces ocho equivale a sesenta y cuatro, o saber un saber inútil si en la práctica no se le encuentra aplicación. Las investigaciones geológicas carecerían de objeto apreciable, serían curiosidad pura, si de ellas no se hicieran deducciones capaces de rectificar las leyendas religiosas libertando a los hombres del prejuicio mitológico y sus funestas consecuencias. Podrán los hombres de ciencia investigar un fenómeno cualquiera simplemente por espíritu de investigación, de análisis, de escudriñamiento, pero sus investigaciones serán siempre aprovechables, en hechos, o no valdrán absolutamente nada.

La teoría pura, la idea pura, sin posibilidad de realización, sin fuerza alguna efectiva, incapaz de determinar la acción, es un sueño, es como el divagar de un incoherente privado de juicio.

Las ideas son para realizarse. Y la realización no se puede efectuar más que accionando. Tratando de llevarlas a la práctica. Un anarquista, que tiene de la Anarquía el concepto de idea pura, de simple teoría, de especulación cerebral, es más bien un místico, que no un partidario de un sistema social cuya realización libraría a los hombres de gran parte de los sufrimientos que hoy les embargan. Y es contra ese concepto platónico de idealismo, contra el que los anarquistas tenemos que precavernos, porque adormece las energías individuales obrando a manera de opio sobre el organismo.

La voluntad de querer, la voluntad de obrar, la voluntad de llegar a la vida anárquica, a la Anarquía, es la que hay que cultivar tesoneramente sin descansos, en nosotros y en los demás, para evitar la influencia letal del misticismo que en algunos da al Ideal aspectos de religión, sobreponiéndolos a lo que tiene de realidad viviente, material, social.

EDUARDO G. GILIMON

Obrerismo y anarquismo

Hay una invasión de teorías sedicentes sociales, a las que hay que oponer un franco y elevado criterio anarquista.

Se confunde con demasiada frecuencia al anarquismo con el obrerismo.

Porque somos los obreros los que más hemos menester que el anarquismo cuaje en realidades, ha podido originarse este equivoco.

Sin duda alguna, la cuestión social no será amplia y humanamente resuelta, hasta que sea en el mundo la anarquía. Pero esto no quiere decir, en modo alguno, que el anarquismo sólo de importancia a esa cuestión.

El anarquismo abarca todos los aspectos, todas las cuestiones, todos los problemas. En tanto quede algún motivo, por fútil que sea, sin dilucidar, la sociedad libertaria no estará aún completamente implantada.

Analizada en sus más profundas modalidades la idea ácrata, observase este hecho. La cuestión social sólo es un problema de los múltiples que han de resolverse para que el hombre sea libre en toda la amplitud de la palabra. Quedan después los grandes problemas morales, que son importantísimos; los de educación, los de cultura, los de ascendente perfeccionamiento. Una sociedad imperfecta como lo es la actual, si antes una considerable mayoría de hombres no se capacitan para dar impulso a las ideas que hayan de prevalecer después de ser derribada, luego de ser hundida, se ahogarán estas ideas también en el caos de imperfecciones. Nadá importaría que los hombres en un momento dado se emanciparan económicamente, sino estaban preparados para defender su situación, para desenvolverse armónicamente, para saber hacer buen uso de la libertad que traería aneja la emancipación económica. Si los problemas de orden moral se han descuidado, todavía no se vive, por muy libre que se sea económicamente, en la verdadera libertad.

Ella sería la satisfacción material del organismo; pero no es ésta, de ningún modo, la aspiración libertaria.

En este terreno, todos los privilegiados de ahora podían afirmar que viven en anarquía. Si se reduce la cuestión al aspecto económico, no creo que pueda ponerse en duda la precedente afirmación.

De aquí parte el error principal de confundir los términos obrerismo y anarquismo.

El obrerismo persigue mejoras inmediatas, que muchas veces, aparte las lecciones que se consigán en la lucha, no son tales mejoras. El anarquismo se encamina hacia un porvenir de liberación total del género humano en todos los órdenes de la vida.

Pueden, al través del tiempo, transformarse las luchas obreras en luchas por el ideal, pero en principio no encarnan la ideología ácrata.

El obrerismo trata de mejorar la situación del obrero; el anarquismo quiere y

labora por un porvenir en que no haya obreros.

Como el triunfo del anarquismo significa la desaparición del absurdo orden de cosas actual, obreros y patronos, explotados y explotadores, con su triunfo, claro es que triunfan también los obreros, pues que únicamente entonces habrán mejorado de una manera definitiva su situación. Y de aquí que sean los obreros los que más han menester de una sociedad anarquista, puesto que ellos son los que más directamente sufren las consecuencias de la mala organización presente.

Los teorizantes de la cuestión social a que antes hemos hecho alusión, confunden los dos términos, quien sabe si por ignorancia de la significación de cada uno de ellos, o si para sembrar cierta confusión en las gentes ávidas de saber, que no saben a qué atenerse frente a las ideas que van ganando cada día más terreno en las colectividades.

Es por esto que debemos señalar nuestra actitud y extenderla y propagarla para que se tenga de ella conocimiento. Estamos con los obreros, nosotros que obreros somos, porque sus movimientos, que son nuestros, revelan el descontento y la protesta ante la explotación y la injusticia. Pero no indica esto que hayamos olvidado las finalidades del anarquismo, aquellas que son ajenas a las luchas obreras. Sabemos que la cuestión social no se resuelve en tanto no sea sobre la tierra el anarquismo, pero no hemos olvidado que no es esa la única cuestión a resolver.

El obrerismo, como la mayoría de las teorías actuales, está llamado a desaparecer mañana. Es transitorio.

El anarquismo es el ideal de todo hombre que se interesa por el bien colectivo y por el perfeccionamiento de la humanidad. Porque él encarna la emancipación económica, moral e intelectual del género humano. Cualquiera de estas emancipaciones aisladas, pueden darse hoy en uno u otro sentido, pero eso no es todavía toda la libertad que el anarquismo preconiza.

Mañana, cuando la anarquía, en el más elevado sentido de la palabra, sea la que rija los destinos del mundo, aún habrá hombres anarquistas del más allá, propagadores de un mayor perfeccionamiento.

Porque la evolución no puede cesar nunca... DIONYSIOS

CRÍTICAS AJENAS

Es Gabriel Alomar, entre los escritores que no son anarquistas, acaso el más sincero de todos. Su independencia, su espíritu observador, esa cualidad de analizador desapasionado que le es peculiar, le eleva por encima de toda la turba de escritores que nunca se sabe como piensan, ni cual es su opinión ante un aspecto cual quiera de las múltiples cuestiones y acontecimientos que se suceden a medida que la evolución va marcando su ruta.

Serena, ecuánime e imparcialmente estudia las distintas fases de un problema. Antepone siempre a la pasión, la verdad. Claro es, que su punto de vista no es el nuestro. Pero escribe lo que piensa con sinceridad, sin sofismas ni reservas mentales, elevadamente.

Hoy, cuando tan extraño es encontrar un escritor sincero, decir que Alomar lo es, aunque esté bastante alejado de nosotros, significa un elogio merecido.

El artículo que reproducimos, publicado en *El Libertador* de Bilbao, viene a confirmar esta opinión nuestra.

Ningún escritor ha sabido colocarse en el terreno que Alomar. El prevé que los socialistas serán colaboradores de la burguesía. Y porque serán mañana esto que Alomar no quiere que sean, es por lo que el escrito tiene aun más valor.

Después del análisis que en estas columnas se ha hecho de la labor de los socialistas, después del artículo del camarada Prat aparecido la semana pasada, este de Alomar viene a terminar un estudio esbozado, al cual aporta datos muy interesantes, como lo son, el convenir con nosotros en la inutilidad de las leyes llamadas obreras.

Excusado es decir que no suscribimos por entero el artículo de Alomar. El juzga el socialismo desde otro terreno, seguramente menos firme que el nuestro. Pero puede aprovecharse su sinceridad para nuestra labor de crítica. Tanto en lo que respecta a ese temor de que los socialistas no respondan a su significación ideológica que se confirmará un día, como en las últimas apreciaciones acerca de la Revolución Rusa, el acierto es bien manifiesto.

Ya que entre ellos nadie se atreve a hablar así, nadie tiene la independencia de escribir así, conviene señalar estos argumentos salidos de pluma ajena y que vienen a confirmar todas nuestras apreciaciones.

Por el socialismo político

El espíritu nuevo

He leído en un periódico ilustrado (según la acepción pintoresca que suele darse a la *ilustración*) un consejo filisteo y sensato (de sentido lo más común posible) a mis amigos, los nuevos diputados socialistas. Y como ese consejo, en una u otra forma, ha recorrido la prensa noticiosa y neutralizante, quiero dedicarle aquí unas líneas, como contraveneno; o mejor, como cauterio purificador. De todas maneras, no creo que un consejo burgués pueda hacer gran mérito precisamente en los propósitos del socialismo... El consejo es este: «Esperamos que los nuevos diputados socialistas se penetrarán de su verdadera misión como representantes de los intereses del obrero español, y evitarán los fáciles triunfos vocingieros para uso de la galería. No olviden que el maximalismo ha causado la destrucción de Rusia y ha dado al mundo un espectáculo deplorable...» Etcétera, etc.

De ninguna manera, queridos adversarios. Los diputados socialistas no representan los intereses del obrero, sino todo lo contrario del concepto materialista y menguado de interés: el ideal. Cuanto menos *práctica* sea su acción, cuanto más se encamine a las amplitudes de la total renovación política, tanto más eficaz será, aun para aquellos mismos intereses obreros que el tartuflismo burgués finge defender. La eficacia de nuestra acción podría medirse por el graznido de las ranas esópicas en el pantano...

La lucha de clases, según como fue interpretada, podría resultar una fórmula favorable para la tranquilidad de los burgueses. Si los obreros se aviniesan a tratar su causa como un regateo de relaciones económicas con las clases burguesas, ello significaría que consentían en la continuación del régimen capitalista. Ese tira y afloja de las leyes obreras, arrancadas a los Gobiernos como una concesión que se cobran con una fácil y decantada aureola

maximista. La *cracia*, el poder, es la relación de dominio entre el *demos*, poseedor y la cosa poseída, la *res publica*.

Por consiguiente, es un ardid grosero el querer neutralizar la escuela republicana con la socialista, como si ésta fuera la vacuna o profilaxis contra aquella. Cuando el socialismo olvidara su plena significación política, se convertiría en esclavo, cebado bajo la mesa de sus propios enemigos.

Recuerdo que el fulgurante escritor argentino Leopoldo Lugones, en varios artículos, ha censurado en el socialismo su tendencia materialista, lo que llamaríamos *realpolitik*. Gran parte del socialismo alemán, acaso por influencias del medio, ha dado pruebas de un realismo político tan duro y áspero como el de los imperialistas. Y no se olvide que el sindicalismo francés ha sido el aliado natural de la reacción monárquica y católica.

En España, el socialismo nace a la plena vida parlamentaria cuando la obra de la revolución política está todavía sin consumar. Mal podemos hablar de renovaciones sociales cuando la educación popular ha sido obstruída, interesadamente, por el régimen y por la religión. Se ha querido salir al paso a la Revolución incapacitando a objeto de todas las revoluciones, el pueblo. Y ello nos conduce a tratar de la intolerable acusación que se hace al maximalismo ruso, achacándole las propias culpas del régimen que derribó. Todo el ahinco del sistema zarista consistió en esa castración espiritual del pueblo; en extirpar el órgano de la actuación política, la conciencia de soberanía en el pueblo esclavizado, embrutecido para que más dócil fuese su materia, su *masa*, en manos de la tiranía imperial. Y cuando la muchedumbre popular, inexperta, infantil, se arriesga a dar sus primeros pasos de libre, es acogida cínicamente, por la invectiva de los que en vez de preparar las futuras evoluciones del pueblo se obstinan en sustraerlo al crecimiento y al desarrollo, como quien impidiese al niño convertirse en hombre... ¡Ah! La grandeza de un régimen se mide precisamente por la solicitud con que prepara y educa el régimen que ha de sustituirlo. Los regímenes mejores son los que más conciencia tienen de su inestabilidad, de su condición pasajera, de su continuo *devenir*. La perfectibilidad de un sistema político es tanto mayor cuanto más convencido está de la propia imperfección.

El maximalismo ruso, violenta y pasional experiencia de improvisación de un régimen todavía utópico sobre una masa social virgen y primitiva, es un caso histórico demasiado interesante para que se le trate con un criterio molieresco de Geroncios. Ese león enfermo no merece la cox del burro. Luchando contra nubes de enemigos, viendo alzarse contra él improvisadas fronteras interiores, su persistencia es más inverosímil que lo fué la de la república de 1793. Y así como entonces la nobleza de Francia se convirtió en prusianos contra la patria, el Congreso entró en París después de Leibzig, y después de Waterloo, así también la nobleza y la burguesía de Finlandia y de Ucrania han invocado la ayuda germánica para oponerse a la libertad de sus pueblos y han preferido sus propios intereses a la independencia de la patria. No de otro modo procedieron, en la España de 1823, ante la intervención de los Cien Mil Hijos de San Luis, los mismos que habían rechazado en 1808 la intervención de la Francia napoleónica.

GABRIEL ALOMAR

UNA INFORMACIÓN IMPORTANTE

Nuestros estimados camaradas de *Solidaridad Obrera* tuvieron el pasado domingo un ruidoso éxito periodístico. Después de tanto que se ha hablado del espionaje alemán, lo único que se ha dicho concreto, definitivo, ha partido del diario sindicalista.

No podía ser de otro modo. Los que en realidad somos los más fieles servidores de la verdad, un día u otro llega la ocasión de patentizarlo bien alta y bien imparcialmente.

La información de *Solidaridad Obrera* no se basa en suposiciones más o menos probables; se asienta en hechos, citando pruebas, con autógrafos que son por sí solos una acusación.

El policía Brabo Portillo es el acusado; de él son los autógrafos que *Solidaridad Obrera* ha publicado. Y tiene más valor el hecho, la información, porque parte del órgano de los sindicalistas, a los que tanto se ha traído y llevado, pretendiendo manchar sus actuaciones, como si ellas obedecieran a extrañas influencias, a la del oro alemán inclusive.

Véase como no son los obreros, las colectividades sindicadas las que se mueven y actúan al servicio de una potencia extranjera.

Bien al contrario, es a un representante de la autoridad a quien se ha acusado desde un diario obrero, con documentos importantes.

No sabemos el resultado que se obtendrá de todo esto; pero, por de pronto, se ha puesto en evidencia que un jefe de policía aprovechaba su situación para servir a determinada nacionalidad, en tanto que se acusaba de una forma ilógica a la clase trabajadora, y en tanto también que ese mismo policía la perseguía y la encarcelaba...

Aprovechen todos la lección. Sépase de una vez a quien defiende *Solidaridad Obrera*, a la cual felicitamos por su acertada gestión para que la verdad sea esclarecida.

Ya veremos ahora lo que ocurre. Ya sabremos después a qué atenernos.

Los dos boticarios

En una misma calle y frente por frente, vivían dos boticarios.

Era el uno un hombre adusto y malcarado, corto de palabras y nada ambicioso, pero concienzudo y esclavo de sus convicciones.

El otro, muy al contrario, era amable y hablador; no hula nunca de sus labios la sonrisa; sus palabras eran azucaradas y su voz melosa.

Fabricaba el primero unas píldoras que eran un soberano remedio contra el paludismo que infectaba el país; pero eran amargas y apestaban a la legua.

El segundo elaboraba otras píldoras que, en verdad sea dicho, no curaban nada, ya que sólo contenían miga de pan y azúcar; pero eran tan redonditas, tan lisas y tan doradas, que daba gozo verlas.

Y, ¡cosa rara! Mientras todo el pueblo temía la enfermedad,—más que por ella misma, por las repugnantes píldoras amargas,—la mayoría de los enfermos soportaban el mal hasta con cierta complacencia, sólo por el gusto de tragarse las píldoras de azúcar y miga de pan; ¡eran tan redonditas, tan lisas, tan doradas!

Y ocurría, naturalmente, que todo el mundo se apartaba del primer boticario como de una mala cosa, mientras que todos, enfermos y sanos, iban en procesión a la farmacia del segundo.

Está claro, que de vez en cuando, pasaba por el pueblo algún ilustrado doctor, que al analizar las píldoras del primero las ponía en las nubes, y en cambio, al examinar las del segundo, se encogía de hombros con desprecio... ¿pero y qué? ¡Si el propio doctor se veía obligado a huir del pueblo, perseguido por la mofa de los mayores y las pedradas de la chiquillería!

Y así, de año en año, fué prosperando el embaucador sin conciencia, mientras que el hombre sabio y recto moría en el olvido y la miseria.

¿Cuál de los dos boticarios tenía razón? «¡Aquél, aquél!» dicen, vocando, los partidarios de las píldoras doradas.

Y, créedme, ¡es muy peligroso llevarles la contraria!

APELES MESTRES

Las maniobras de Miguel Pascual

Como saben nuestros lectores, el día 30 del pasado mes había de celebrarse en Madrid una conferencia pública de controversia en la que un delegado de la organización obrera y nuestro compañero Herreros, habían de deshacer todas las patrañas expuestas en *El Sol* y en *El Parlamentario* por Miguel Pascual.

Siempre cremos que, a pesar de ser ellos los proponentes de la reunión, harían lo posible porque no se celebrara, pero creímos preferible aceptarla a dejarles el campo libre para que siguieran *berreado* con el tópico de que no aceptábamos porque no podíamos defendernos.

En estas condiciones íbamos a la controversia, y tanto las convocatorias para la misma como el programa de la organización del acto, fueran redactadas de modo que las autoridades no pusieran obstáculos para su celebración, y la instancia, fué admitida y la controversia autorizada; pero he aquí que por la noche sale *El Parlamentario* con título como: «Miguel Pascual y el príncipe Ratibor», que eran como una llamada a las autoridades para que la conferencia fuera suspendida, como ocurrió, notificando la autoridad que no podía celebrarse la controversia ante el temor de que surgieran reclamaciones de alguna nación extranjera.

El juego, que ya estaba descubierto, quedó confirmado.

Todos sabemos que, con ocasión del conflicto promovido por las mujeres con motivo del abusivo precio de las subsistencias, se declaró el estado de guerra en Cataluña, y que aprovechando este estado excepcional, toda la prensa, incluso la que se llama avanzada, realizó una campaña tan infame como cobarde, contra la organización y prensa obrera catalana. *El País* publicaba verdaderas infamias que desde Barcelona enviaba el redactor de *La Lucha*, Piquito Aguirre, y a la cabeza de los periódicos difamadores marchaba el periódico de La Papelera, *El Sol*. En este periódico, como complemento de la labor que había de acabar con la organización obrera catalana, apareció la ridícula información de Miguel Pascual, diciendo que la prensa y la organización obrera de Cataluña estaban al servicio de la embajada alemana, y como en dicha información aludiera a un individuo que creyó que el asunto debía pasar a los tribunales, demandó a *El Sol* por injuria y calumnia, pero este periódico, ante el temor de ser condenado, rectificó al día siguiente, no volviendo a ocuparse más del asunto, pasando la campaña difamadora, junto con Miguel Pascual, a *El Parlamentario*, que al recibir el encargo de continuar la campaña, empezó por el periódico de La Papelera, aumenta su tamaño, publicando dos hojas en vez de una. Como se ve, el combatir a los sindicalistas y anarquistas es un buen negocio. Y si de combatirlos se encarga algún individuo que se haya significado en la propaganda, es decir, uno de la familia, negocio redondo.

No sería el primer caso en que los primates de la política subvencionaran periódicos avanzados para combatir a los anarquistas. Moret, siendo presidente del Consejo de ministros, lo hizo. Y queremos hacer constar aquí, en honor a la verdad, que *El Cencerro* rechazó dignamente las proposiciones del perfumado ministro.

Y los casos se repiten en la historia. Porque aquí, entre el farrago de los artículos publicados por Miguel Pascual, sólo se ve una conclusión terminante:

Que de manera que no admite duda alguna, sólo queda probado, por confesión propia, que Miguel Pascual se puso primero al servicio de la embajada alemana y después al servicio de los aliados, y que antes de *prestar estos servicios* abandonó el trabajo, que para él era una carga muy pesada.

Y de aquí salen todos los males, todas las bajezas que el hombre comete: de que sin haber heredado ninguna fortuna, hayan nacido cansados de trabajar o se hayan cansado siendo todavía muy jóvenes.

Y nada más. La organización obrera, como la prensa sindicalista y anarquista, no perderá el tiempo tirando piedras a los que salgan ladrando en su camino, y seguirá imperturbable su marcha *Verso la parte donde si leva il sol...*